



ha durado su mandato, ahora renunciado por voluntad propia, este Procurador ha dejado en el lector de periódicos la imagen de un hombre infatigable, que asedió a las Cortes con constantes ruegos y preguntas y que, una y otra vez, puso de relieve la «leu-temia política» que aqueja a este país como consecuencia del inmovilismo. Hablando con los periodistas, después de la conferencia, él mismo contaría el chiste que caricaturiza su incansable gestión como Procurador. A un niño que se niega a comer la sopa, su mamá le dice: «Niño, come, porque si no vendrá don Eduardo Tarragona con ruegos y preguntas». Su lenguaje, como su porte, es llano, más llano y pedestre de lo que recomendaría el tono libresco y farragoso de la política madrileña. Son frases suyas: «Yo pensaba que podría contribuir a renovar el viejo tinglado». «Ya estoy harto de que algunos políticos vivan de las cenizas de los muertos de la guerra». «Nos dieron unos carnets, el mío sin firmar por cierto, y a la calle». «Miren ustedes, yo no tengo los medios de

tan cargos oficiales. Yo tengo una secretaría de baratillo». Al oírle hablar así en el salón que conserva todavía el aroma de las «tardes filosóficas» de don Xavier Zubiri, una señora comentó: «No tiene talla». Tarragona podía haber quedado en buen lugar en el Parlamento francés, podía haber sido un buen Nationalrat del Parlamento suizo, pero en el país del dictamen, de la ordenanza, de la Instancia, del saluda, del papeleo y del reintegro, en el país que tiene el censo de juriscónsultos más elevado del mundo, Tarragona tenía todas las de perder. El seny catalán, virtud histórica, hoy convertida en instrumento de un conservadurismo que no va en zaga a los elementos tradicionalmente conservadores de la sociedad española, no ha podido, sin embargo, ser asumido por el sistema. En una ocasión, en las Cortes, cuenta don Eduardo, un Procurador le llamó «rojo» por haber pedido trescientas pesetas al mes para los ancianos no beneficiarios de la Seguridad Social. Lo que realmente tiene significación en todo el asunto es que Tarragona se ha creído obligado

a dimitir al comprobar que su filosofía conservadora era demasiado progresista para el umbral de nuestra «apertura». La buena voluntad que, durante dos años, puso en su gestión es lo que le ha hecho comprobar que «un hombre solo no puede hacer nada», y en su conferencia de la Cámara de Comercio hablaba con mucha sinceridad al decir: «Yo creía que los españoles estaban despolitizados, pero re-

sulta que el que estaba despolitizado era yo, porque no me había dado cuenta de que no se puede hacer nada». Nada, ni siquiera el pequeño programa reformista de tipo práctico que él propuso en los 159 ruegos y preguntas que presentó, infructuosamente, a las Cortes. Al salir a la calle, las luces y el humo del Madrid consumista de nuestros días me parecieron un espejismo. Porque, al fin y al cabo, no ha cambiado mucho. ■ L. C.

El "milagro alemán" UNA HERENCIA PARA LA SOCIALDEMOCRACIA

Hace sólo unas semanas nos ocupábamos, en estas mismas páginas —a propósito de la reevaluación del marco—, de las espectaculares tasas de crecimiento que registraban las exportaciones de la República Federal Alemana, muy superiores a las de los restantes países europeos. De tal forma que puede ya hablarse —al igual que se califica de «déficit crónico» la situación de la Balanza de Pagos americana— de un superávit también «crónico» de la Balanza de Pagos alemana, que incide decisivamente sobre las pasajeras situaciones de equilibrio del sistema monetario internacional.

Ahora resulta interesante referirse a un documentado trabajo, «Europe competition 1969», de la revista «L'Expansion» (número especial, otoño 1969), en el que se lleva a cabo un estudio de los principales sectores industriales en los países del Mercado Común y Gran Bre-

taña. En él se analizan hasta 160 sociedades que, si bien no representan todas las industrias y actividades de los sectores productivos, sí constituyen una muestra suficientemente representativa de las tendencias fundamentales que han caracterizado a los grandes «trusts» europeos durante 1968. Los índices empleados para establecer la clasificación de las firmas seleccionadas se basan no sólo en la estimación de su peso económico —tal como se deduce de la cifra de ventas, volumen de producción, etc.—, sino también en el cálculo del nivel de eficacia o productividad de los capitales empleados, entendido el mismo como la relación entre el beneficio neto y la media aritmética de los capitales propios de las entidades (capital, más reservas, más fondos de previsión asimilables a reservas) al comienzo y al final del ejercicio económico.

TIERCE DE LA RENTABILIDAD NACIONALIDAD DE LAS TRES EMPRESAS CON MAYOR RENTABILIDAD EN CADA SECTOR (1968)

	Alemania Federal	Francia	Italia	Gran Bretaña	Holanda
Automóvil	■				
Química	■				
Farmacía	■	■			
I. Textil	■			■	
Siderurgia	■				■
Mecánica	■	■			
Construcción eléctrica	■			■	
Alimentación	■	■			■
Grandes almacenes	■	■	■		
Cemento	■			■	

Fuente: «L'Expansion» (n.º especial otoño 1969).